



LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

20 DE OCTUBRE DE 1878.—NÚM. 16.

Teatros.

La colaque.—Nuestro carácter.—Las empresas y los carteles.—Éxitos y condecoraciones.—Abuso de palmadas.—Falsos éxitos.—La política y las caudillas.—El público de los teatros.—Gente del oficio.—Correr en pos de un ideal.—La opinión pública.—Argumento ininteligible.—Cimentar en falso.—Todos lo merecen.—La señorita Contreras.

No falta quien sostiene que la colaque es necesaria en los espectáculos públicos, ni quien supone que sin ella nuestros teatros estarían siempre desanimados, por falta de iniciativa en la mayor parte del auditorio para aplaudir á los autores y á los actores que lo merezcan... ¡Disparate! Para sostenerlo de buena fe, se entiende—semejante cosa, es preciso desconocer por completo nuestro carácter y nuestro temperamento, de cuyo impresionable y expansivo, y dispuesto siempre á pecar más bien por carta de más que de menos, en lo de prodigar aplausos y alabanzas.

Somos demasiado meridionales para permanecer con la boca callada y las manos quietas ante un espectáculo que nos agrade ó nos conmueva.

Lo que hay, es que cada una de las empresas teatrales quiere siempre y á toda costa justificar las consabidas frases de muy aplaudida ó de extraordinariamente aplaudida, que, refiriéndose á cualquiera obra nueva, aparecen siempre en los carteles de los teatros al día siguiente de un estreno; pero no sería malo que se fueran persuadiendo de que en esto de los grandes éxitos teatrales acontece ya algo de lo que sucede con ciertas condecoraciones, que á fuerza de prodigarse van perdiendo su importancia, hasta el punto de que la verdadera distinción consista en no ostentar ninguna en el ojal de la levita; así como los grandes, los verdaderos éxitos teatrales, al paso que vamos, habrán de significarse dentro de poco con el absoluto silencio de los espectadores, logrando de ese modo distinguir los verdaderos triunfos de los ficticios.

De tal modo se abusa ya en nuestros teatros respecto de aplaudir las obras, sean buenas ó malas, y en lo de hacer salir á los autores á la escena repetidas veces, merezcánlo ó no lo merezcan, que ya nada significan tales demostraciones, pues bien puede un autor salir quince veces al proscenio, llamado por el público (?), y ser extraordinariamente aplaudida su obra, y darse, sin embargo, el caso de que el título de aquella desaparezca del cartel á la tercera representación, lo cual aconteció en la temporada anterior, y no dudamos se repita en ésta, puesto que casi ya ha sucedido. Díganlo si no algunas obras estrenadas últimamente con extraordinario éxito, y que, á duras penas, se han representado seis ó ocho noches para pasatiempo y solas de los acomodadores.

En bien de la literatura dramática y del arte escénico, debe á todo trance corregirse tan extraordinario abuso. Nos referimos á los falsos éxitos alcanzados por muchas obras, merced á las estrepitosas palmadas de los alabarderos, quienes, en unión de los oficiosos amigos particulares, y á un políptico, de los autores; porque sabido es que la pasión política, que todo lo invade y todo lo inficiona, también se introduce en los teatros hollando los fueros de la literatura y del arte, y es capaz hasta de apagar las caudillas si se empeña en hacer ver al público lo blanco negro.

Todas las personas que acostumbran asistir á los teatros las noches en que se estrenan obras, habrán podido apreciar otro hecho incomprensible, el cual, por nuestra parte, há tiempo hemos observado, y no es ésta la primera vez que hacemos mención de él en la prensa.

Sabido es que en noche de estreno, una gran parte del público que acude al teatro para juzgar la nueva obra se compone de gente del oficio, esto es, de literatos y periodistas, muchos de los cuales, á más de compañeros de profesión, suelen ser amigos particulares del autor, y todos ellos con sobrado criterio y capacidad más que suficiente para saber distinguir si la obra cuya representación presenciaron es digna de aplauso ó de censura, y por lo tanto parece natural que procedan como quien tiene conciencia de sus actos y, sin embargo,—con dolor lo confesamos—no suele suceder así, como tuvimos ocasión de observar, en el teatro Español la noche en que se estrenó la comedia del Sr. Echegaray

ray *Correr en pos de un ideal*, puesto que vimos á muchos literatos y periodistas aplaudir estrepitosamente desde el palco ó la butaca aquella misma comedia, que después censuraban duramente en los pasillos...

Si la obra era mala, ¿por qué la aplaudían?

Ellos lo sabrán.

Tanto se ha dicho ya durante estos últimos días de la comedia del Sr. Echegaray, que, á la verdad, se nos quita la gana de hacer un examen detenido de esa obra.

Conformes, pues, con el juicio casi unánime de la prensa, diremos á nuestros lectores que la comedia *Correr en pos de un ideal* ha defraudado por completo las esperanzas de todos los que, fiados del extraordinario talento del Sr. Echegaray, esperábamos ver bajo la modesta forma de la comedia de costumbres, género á que por primera vez se dedicaba el inspirado autor de *O locura ó santidad*, un verdadero problema social ó filosófico, planteado y resuelto en la escena; pues dado el título de la obra y la justa fama de su autor, era lo menos que debía esperarse. Pero no fué así, sino todo lo contrario, puesto que la comedia á que nos referimos es excesivamente vulgar en el fondo y en la forma.

El pensamiento, si le hay, pues por nuestra parte, confesamos ingenuamente nuestra torpeza, no hemos dado en él, está presentado de un modo ininteligible, y no es fácil averiguar lo que el autor se propuso al escribir esa obra.

Un joven pintor, semitonto ó semiloco,—pues ni aun está del todo averiguado si es loco ó tonto el bueno del artista,—que tiene una esposa buena, bellísima y enamorada de su marido, en tanto que él lo está de una mujer á quien no conoce, puesto que la *vió* una sola vez y completamente tapada, en un baile de máscaras, y por la cual hace los mayores extremos, desdendiendo á su encantadora esposa, exasperando á su suegra y fastidiando á sus amigos con sus tonterías é inoportunistas declamaciones, para venir luego á parar en que el *ideal*—¡qué ideal tan material!—que persigue, es decir, la mascarita del baile; es su suegra, no da motivo sobre que fundar una comedia en tres actos, sino á lo sumo una pieza para fin de fiesta.

La forma es en esta obra tan imperfecta como el fondo, pues especialmente la verificación está por extremo descuidada, abundando en ella los rípios y las trasposiciones violentas.

Así y todo, la obra tiene escenas verdaderamente cómicas y muy bien hechas, aunque se nota en toda la comedia cierta tendencia, más bien que á lo cómico, á lo grotesco, ó casi casi ¿por qué no lo hemos de decir? á lo bufo.

En una palabra, que el Sr. Echegaray se ha equivocado... ¡Quién no se equivoca en el mundo!

La ejecución de *Correr en pos de un ideal* fué esmeradísima, y á fe que no puede achacarse el escaso éxito de la obra á falta de interés ni de pericia en sus intérpretes, pues por cierto todos estuvieron bien en sus respectivos papeles.

*La opinión pública.* Así se titula el drama en tres actos, en verso, original del señor D. Leopoldo Cano, estrenado en el teatro de Apolo el jueves último.

Renunciamos á extraer el argumento del drama por ser complicadísimo, y toda vez que sería imposible dar en pocas líneas una idea de la intrincada trama de esta obra.

*La opinión pública* tiene mucho de melodrama, género literario que no es de nuestro agrado, y, sin embargo de esto, son tales y tantas las bellezas que en sí encierra la última obra del Sr. D. Leopoldo Cano, que apesar de no ser partidarios del género, aplaudimos entusiasmados la noche del estreno, y aún nos impresionan el recuerdo de aquellas situaciones terribles é interesantes, apesar de ser muchas de ellas inverosímiles.

Que el autor de *La opinión pública* tiene un talento dramático de primer orden, es indudable para todo el que haya visto su última producción. ¡Lástima que el señor Cano haya cimentado en falso tan grande cuanto bien ornamentado edificio! Porque, indudablemente, ni la opinión pública es como el autor de esa obra nos la pinta, ó aunque lo fuese, los personajes que allí

figuran, tal como el autor los retrata, á excepción de uno, de la encantadora Gloria, todos merecen el público desprestigio; por tanto, ninguno de ellos tiene derecho á quejarse, puesto que la opinión pública los tiene por malos, y efectivamente lo son.

El diálogo, la versificación, la pintura de alguno de los caracteres, por ejemplo, el de Gloria, son de primer orden.

La exuberancia de lirismo constituye en esa obra un defecto, pero aún en ese defecto hay tantas bellezas de pensamiento y de detalle, que el público concluye por perdonárselo todo al autor, y aplaudirle frenéticamente é incondicionalmente.

La interpretación de la obra es buena; la señora Marin, aunque algo desigual en el desempeño de su difícilísimo papel, tiene momentos verdaderamente felices, y no puede negarse que es una actriz de talento.

El Sr. Vico está en el papel que representa á la altura de su reputación, distinguiéndose con especialidad en el monólogo del acto segundo y en casi todo el tercero.

Los señores Morales y Reig también están á grande altura; pero quien verdaderamente sobresale en aquel cuadro es la señorita Contreras. ¡Qué modo de decir! ¡Qué modo de identificarse con el personaje que representa! Reciba la señorita Contreras nuestra enhorabuena, y recíbala el autor de *La opinión pública*, pues por cierto que ambos merecen toda suerte de felicitaciones.

WERTER.

Los vientos.

Siempre ha llamado la atención de los hombres el fenómeno de los vientos. Por espacio de muchos siglos les han azotado el rostro, sin que se dieran por ofendidos.

Han talado los campos, destruido las viviendas, sumergido las embarcaciones, arrancado los árboles criados á costa de trabajos y sudores, y lo mismo cuando refrescaban el abrasado rostro del caminante, ó le sepultaban entre las movedizas arenas del desierto, su causa era ignorada.

Como siempre la pereza y la ignorancia han tratado de escudarse tras de las cosas divinas, los antiguos les dieron existencia propia, los consideraron como seres reales, destinados á favorecer ó castigar á los mortales, y pusieron á su frente un dios que los gobernase y á quien obedecieran ciegamente.

Así como Neptuno era ministro de marina en el Olimpo, Eolo era el ministro del aire, y estaba encargado de ejecutar las órdenes de Júpiter, rey de los dioses y padre de los hombres, soberano señor del Universo.

Todos los vientos estaban encerrados en una cueva, cuya llave tenía Eolo, y según la conducta de los hombres, les negaba la salida, enviaba á correr el mundo la fresca brisa, el plácido cofirillo, el abrasado siroco ó el destructor huracán. Cuando la cólera divina estaba aplacada ó los hombres hacían alguna nueva jargarreta al jefe del Olimpo, variaban las órdenes, y á una voz de Eolo los vientos acudían sumisos á encerrarse en su guarida, para descansar del trabajo y contarse lo que en la excursión habían visto, que no dejaría de ser curioso. Esto fué lo que ideó el paganismo, y preciso es confesar que por mucho tiempo no se hizo en realidad otra cosa que variar las formas de la expresión, pero la manera de concebir el fenómeno continuó siendo la misma.

Era difícil, efectivamente, darse cuenta de dónde procedían esas enormes cantidades de aire que viajaban con tal rapidez; cómo no se agotaba el manantial de donde procedían, y cómo podían acomodarse en el depósito adonde iban á parar. El estudio de las ciencias naturales era muy defectuoso.

Por eso, cuando este estudio adquirió la importancia que siempre debió tener, la causa de los vientos no tardó en presentarse á los ojos de los hombres con toda la claridad y sencillez con que la Naturaleza se revela á los ojos de la ciencia. La diferencia de temperatura en las distintas regiones de la tierra, es el Eolo de los tiempos modernos, la causa de las corrientes aéreas.

Siempre que el suelo se calienta en un punto cualquiera, el aire se calienta tam-

bien, se dilata, y como pesa ménos, sube á ocupar el puesto que le corresponde en las partes superiores de la atmósfera. Esto es lo que produce el tiro en las chimeneas y la elevación de los globos aerostáticos. Pero al marcharse el aire calentado, deja vacío el puesto que ocupaba, y este vacío es llenado por el de las inmediaciones; para hacerlo tiene que cambiar de sitio, trasladarse, producir una corriente, es decir, un viento.

Todos los días lo vemos en las habitaciones donde arde una chimenea; por las rendijas de las puertas y ventanas entra continuamente el aire, para después de calentado salir á los tejados mezclado con el humo. Lo mismo sucede en las grandes llanuras bañadas por el sol: el aire se calienta, se marcha á lo alto, y desde los puntos fríos se establecen corrientes que van á ocupar su puesto y restablecer el equilibrio.

La rapidez con que traslada es debida á la diferencia de temperatura de las dos regiones entre que se establece la corriente; si es corta, la velocidad es pequeña; si grande, la traslación se hace con rapidez, y según el espacio que recorra en un tiempo dado, el viento toma los nombres de suave ó céfiro, fuerte ó recio, tempestuoso y huracanado.

Como las condiciones de temperatura varían tanto en los diversos puntos de la superficie terrestre, no hay un solo momento en que no sople viento en alguna dirección. Pero unos son constantes y otros variables.

En las abrasadas regiones de la zona tórrida, el aire no pára un momento en contacto con el suelo; hay una corriente continua de elevación, una aspiración que atrae el frío de las regiones polares, yendo á su vez á ocupar el sitio que dejan y produciendo en cada hemisferio dos corrientes, una superior templada, y otra inferior fresca. De este modo se modera el excesivo rigor de la temperatura en los diferentes puntos del globo.

El movimiento rotatorio de la tierra no comunica la misma velocidad al aire que al suelo, y de la diferencia resultan los vientos *alisios*, bien conocidos de los navegantes.

La diversa temperatura de dos regiones muy expuestas á la acción solar, y situadas de tal manera que cuando para una es Invierno, para la otra es Verano, como sucede con el continente asiático y el extremo meridional de Africa, hace que se establezcan corrientes periódicas que soplan seis meses en cada dirección, y son conocidas con el nombre de *monzones*.

Entre nosotros mismos tenemos ejemplos de estos vientos periódicos. En las costas el agua se calienta más lentamente que la tierra; así es que durante el día la corriente se establece desde el mar hacia la tierra; pero cuando el Sol se pone, el suelo se enfría más rápidamente que el agua, y entonces, para que el equilibrio se establezca, la corriente se dirige de la tierra al mar: éstas son las *brisas*.

De una manera más limitada, ménos general, se establecen también corrientes aéreas entre unos y otros países, que tienden á igualar en todos ellos las condiciones atmosféricas, y que explican de una manera clara y natural lo que los antiguos no podían comprender sin recurrir á la intervención de sus divinidades.

BRUNO AMELAY.

Molinos harineros.

OBSERVACIONES PRÁCTICAS SOBRE LOS DE VAPOR.

Ha sido objeto, y aún lo es, de discusiones animadas la conveniencia, en absoluto, de establecer molinos harineros movidos, ora por vapor, ora por el agua, ora á impulsos del viento. Estas discusiones, por más que algunos afirmen que han servido para ilustrar la opinión, nosotros creemos que pueden y deben considerarse como discusiones completamente estériles. En efecto, mientras hay localidades en las cuales conviene mejor plantear el molino movido por vapor, existen otras en que es más ventajoso el de agua, y otras que solo admiten el de viento.

Ahora bien, preguntamos nosotros, ¿no es perder el tiempo discutir qué es, en absoluto, de mejor aplicación para los molinos, si el vapor, el agua ó el viento? Por

consigniente, lo que se debe hacer es preferir el sistema que, después de un estudio detenido, resulte ser más ventajoso.

Este estudio es de mayor importancia y de más dificultad que á primera vista parece, porque puede suceder muy bien, y en efecto sucede frecuentemente, que se presentan casos en los cuales, al parecer, ofrece mayores ventajas el vapor, siendo así que los datos que arroja el resultado del estudio definitivo, nos demuestran hasta la evidencia que no es este agente el que puede aplicarse. Sobre esto, y con objeto de fijar más la atención, vamos á citar un caso concreto.

Hace algun tiempo concebimos la idea de establecer un molino harinero de vapor con arreglo á todos los adelantos modernos. Llegado el instante de desarrollar el pensamiento, habia que designar el lugar donde debia implantarse, y pensóse, desde luego, en Illescas, villa importante de la provincia de Toledo.

Pues bien, los estudios que al efecto se hicieron, demostraron que dicha localidad no reunia condiciones para establecer esa industria de la manera que se deseaba, porque ni parecia fácil la adquisición, con economía al ménos del combustible, ni tampoco se podia disponer de agua bastante para alimentar la máquina. Esto no obstante, se repitieron una y otra vez los estudios, y al fin pudimos convencernos que los primeros resultados eran equivocados, pues que si bien existían ciertas dificultades, éstas desaparecían en el momento de resultar los productos mayores que los sacrificios que aquellas imponían; y por lo tanto, que, lejos de desistir del pensamiento, la villa de Illescas debia considerarse uno de los lugares en que con mayores ventajas podria establecerse la industria en cuestion. Efectivamente, se estableció, y bien pronto nos convencimos de que esto era una verdad.

Digamos ahora algo sobre el molino.

Este fué implantado en una construcción levantada *ad hoc*. La máquina es locomóvil de fuerza de 16 caballos. Las piedras son dos, de diámetro ordinario y con regulador. Tanto el molino, propiamente dicho, como la máquina, son de notable construcción, pues no se sabe qué admirar más, si la solidez de todos y cada uno de sus componentes, ó su ligereza, circunstancias ambas importantísimas en mecánica. Los constructores, Sres. Ransomes, Sims et Head, de Ipswich y Londres, han demostrado una vez más en esta ocasión que la fama de que há tiempo goza su casa es bien justa y merecida. El molino funciona sin interrupción alguna desde el día 11 de Agosto último, haciendo un trabajo diario próximamente de 106 fanegas entre trigo, cebada y otros granos, con un gasto de ocho quintales de carbon, en el caso de que el agua esté limpia, pues no sucediendo así, para moler 28 fanegas, háse necesitado la misma cantidad de combustible.

El picado de la piedra es operacion de las más importantes y difíciles, por lo cual debe hacerse con perfecto conocimiento y gran cuidado, circunstancias que hacen que la elección de molinero sea asunto de suma trascendencia. La piedra recién picada muele doble cantidad de grano, sea de la clase que quiera, que después de haber funcionado durante tres ó cuatro días. El trabajo de una piedra es, por hora, de siete á ocho fanegas de trigo, nueve de cebada y 10 siendo algarroba. La presión de la máquina, trabajando con una sola piedra y moliendo cebada ó algarrobas, basta sea de 25 libras, y de 30, ó sean dos atmósferas, si se muele trigo; funcionando las dos piedras se trabaja con 50 libras, á no ser que haya que tomar agua, en cuyo caso la presión aumenta en cinco ó ocho libras.

Algunos muelen en cada piedra una clase de grano distinto, lo cual es muy perjudicial; débese, pues, moler siempre ó trigo, ó cebada, etc., en todas aquellas piedras que se muevan á impulsos de un mismo motor.

Los resultados en la molienda dependen no sólo del trabajo, propiamente dicho, si que también del estado del grano cuando se someta á esta operacion. Este debe hallarse perfectamente limpio y hamedado lo bastante para que no se desmenuce.

(1) Para una fanega de trigo se echa un cuartillo de agua, 24 horas antes de empezar la molienda.

de hacer una observación que por cierto tiene más importancia de lo que en general se le da, y es que la máquina ha de mear siempre con la misma presión; de lo contrario, la harina no sale, no puede salir en buen estado.

A hora bien: de todo lo expuesto se deduce que los principales inconvenientes que hay que salvar al establecer un molino de vapor son, además de proporcionar un buen maquinista, la adquisición de combustible y de agua limpia y elección de molinero. Una vez estudiados con detenimiento estos puntos, sin dejarse llevar nunca de las primeras impresiones, y siendo los resultados todos satisfactorios, puede procederse desde luego al establecimiento del molino, en la seguridad de obtener buen éxito. Así se ha hecho en Illescas, y podemos asegurar a nuestros lectores que los resultados alcanzados hasta hoy exceden en mucho a las esperanzas que sobre esta industria habíamos concebido. A esto contribuyen indudablemente la superior inteligencia y gran actividad del director de los molinos, Sr. Espejo y Becerra, y de la administradora, doña Ana Elgueta.

En artículos siguientes daremos a conocer otras observaciones relativas a tan importante industria agrícola.

LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

El préstamo y la usura.

España, preciso es confesarlo, es el país del préstamo.

La mayor parte de sus desventuras las debe a esa sirena que se llama la usura.

El préstamo es el más hábil diplomático que conozco. Antes de dar un paso sabe dónde va, y siempre llega a tiempo. Su cara, cuando ofrece, es simpática; cuando da, fascinadora; cuando pide, nadie la conoce.

Llega acariciando; pero como la culebra que se guarda en el pecho, muerde y arroja en la herida letal veneno.

En los pueblos tiene siempre la figura de un hombre rechoncho, colorado, sano, con un pedazo de oro por corazón, con unos labios que sólo saben sonreír, con unos ojos que jamás humedecen las lágrimas.

Allí busca al labrador enfermo, al padre que ve a su hijo próximo a ser soldado, al jornalero honrado que no tiene trabajo.

—¿Qué se hace?—pregunta al segundo, por ejemplo.

—Estoy desesperado.

—¡Bah! Usted tiene la culpa.

—¡Yo!

—Usted, sí. ¿Le ha caído soldado el hijo?

Eso sucede tarde ó temprano; debía usted esperarlo; y si hubiera usted ahorrado, si hubiera usted pensado en el mañana, como yo...

—¿Pensar! Harto he pensado; pero con cinco hijos y mi mujer y mi madre impedida...

—No haberse casado... Yo estoy soltero, y me va bien.

El pobre padre pudiera decirle:

—Usted no se ha casado, no ha cargado con obligaciones; pero en la capital de la provincia ó en Madrid están sirviendo, ó Dios sabe dónde, algunas infelices muchachas del pueblo á quien usted ha seducido.

Pero como es rico y puede hacerle un favor, se calla.

—Tenga usted pecho,—añade el richachon.

—Lo que quisiera es tener dinero.

—¿No es usted tonto, no!

—Si yo fuera tan rico como usted, y cayera soldado el hijo de algun vecino del pueblo...

—En primer lugar, yo no soy rico; en segundo, si tuviera usted dinero y cayera soldado el hijo de algun vecino, le daría usted otra vuelta á la llave del arca.

—Si al menos encontrase algun sustituto barato...

—No faltan; yo tengo encargo de uno.

—¿Sabe usted? ¿Y cuánto pide?

—Muy barato; ocho onzas.

—No tengo más que dos; si me prestara usted las otras seis...

—En mi vida las he visto juntas.

—Vamos, no diga usted...

—Tengo casas, es cierto, y una al lado de la de usted; pero ¡dinero!... Y como hay Dios que siento no poder servir á usted. ¡Bah! Escribiré á un amigo, y si me presta, le daré á usted lo que necesita. Por supuesto, que usted hipotecará la casa.

—Lo que usted quiera.

—Podrá valer veinte onzas; yo le daré á usted seis, y en la escritura pondremos que le he dado á usted diez.

El padre pasa por todo, y su hijo encuentra un sustituto; pero en cambio, á

los dos años la deuda y los intereses ascienden al valor de la finca hipotecada, y el labrador ha perdido su hogar.

El usurero tiene una casa más; en muchas partes llega á hacerse dueño del pueblo.

Todos le odian, pero todos le buscan.

Veamos ahora lo que pasa en la capital de la provincia. Allí tiene la forma de un hombre toscos; es un maestro de obras que, á fuerza de hacer casas y revenderlas, se ha enriquecido; otras veces, con más frecuencia, es un hombre que pasa por piadoso, y tiene todo el aspecto de las caritativas en que Ortego saca á la vergüenza á los Tartuffos contemporáneos.

En este caso saca el jugo á sus paisanos como una sanguijuela.

Busca siempre á los ricos, pero no para explotar su bolsa, sino sus debilidades.

Ve á un mayorazgo que se queda sin padres y en posesión de una gran fortuna; le halaga, se las echa con él de calavera, le conduce á la orgía y le aguarda á la puerta para aprovecharse de su embriaguez, so pretexto de hacer una obra de caridad, guiando los vacilantes pasos del hombre que ha perdido la cabeza.

Los ambiciosos son su mejor presa.

Viven felices en una provincia dos jóvenes esposos; los dos disfrutan la herencia de sus padres: una heredad, una casa, algunas alhajas.

—Ustedes deben aburrirse aquí,—les dice el prestamista.

—Un poco.

—¿Por qué no van ustedes á la corte?

—No es por falta de ganas.

—Pues ¿por qué?

—Nuestra renta es bastante para vivir aquí; allí nos faltarían recursos.

—¡Bah! ¿Quién piensa en eso! Ahí tiene usted á Fulano, que fué á Madrid y triunfa y gusta. En Madrid se gasta mucho, pero también se gana mucho. Usted es abogado; aquí no tiene pleitos; allí, presentándose con cierto decoro, se daría usted á conocer; afiliándose á un partido político, y con relaciones en la provincia, sería usted nuestro diputado, y quién sabe hasta dónde podría usted llegar; porque usted es despejado, simpático. ¡Oh! y lo que es su esposa de usted vivirá felicísima; palco en el teatro, modista francesa, bailes en los salones más distinguidos...

—Todo eso cuesta un dineral.

—Lo que mucho vale...

—Sólo para empezar necesitaríamos siete ú ocho mil duros.

—¿Qué es eso para usted?

—Poseo más en tierras y casas; pero mi renta no pasa de 30.000 rs. ningun año.

—Por eso no se apure usted: yo tengo metálico; le quiero á usted, y si puedo ayudarle...

—Gracias.

—Con franqueza... no vaya usted á privarse de un porvenir risueño.

—Lo pensaré.

El resultado es siempre el mismo.

Lo piensa: su mujer vence los obstáculos, le incita, pide al prestamista ocho mil duros; éste, por aquello de que somos mortales, le exige una hipoteca, y además logra que le nombre administrador de sus bienes.

Los esposos, ebrios de gozo, vienen á Madrid, toman casa, la amueblan, y al fin del primer año piden al administrador otra cantidad.

A los dos ó tres años, cansados de la corte, habiendo comprado desengaños y sinsabores con sacrificios, echan de ménos su antiguo bienestar. Ya es tarde: su patrimonio ha pasado á manos del usurero; sólo les queda vergüenza y trabajo.

Pero donde el préstamo reviste todas las formas imaginables y despliega todo su lujo de imaginación, es en Madrid.

Llega el Verano; es moda ir á Biarritz, pasar uno ó dos meses en París. Con el buen tiempo se animan los paseos, y es necesario lucir trajes costosos, joyas de precio.

El presupuesto de gastos se ha dejado en la mitad de camino al de ingresos.

El pasivo es enorme.

—No, no es posible,—se dice el padre de familia.—¿Cómo llevo á mi esposa y á mis hijas, no ya á Biarritz, sino á San Juan de Luz? El viaje es lo de ménos, el hospedaje es muy barato; pero cada una necesita un mundo para sus trajes; lo superfluo es allí necesario. Y, sin embargo, ¿qué se dirá de mí si me quedo en la corte? Creerán que ando apurado, y temerosos mis amigos de que les pida un préstamo, me volverán la cara. Mis hijas se desesperarán, y mi mujer dirá, si no se casan mañana, que yo tengo la culpa. Con mi sueldo, ¿quién no puede viajar un par de meses en el Verano?

Sale á la calle, y lo primero que ve es un cartel ofreciendo... Dinero.

Resiste cuatro, cinco, diez veces el más halago de esta oferta; pero al fin succumbe.

—Tomaré 10.000 reales sobre mi sueldo, y con economía, en el Invierno saldré adelante.

En el mismo caso, aunque diversa forma, se encuentran infinitas personas.

La ocasión, que las busca, les ofrece un presente risueño, que oculta un porvenir terrible.

El préstamo da por la capa del artesano lo necesario para que vaya á los toros, se embriague en la taberna, dé una paliza á su mujer, y acaso se pierda para siempre.

Al hijo de familia le da por el reloj ó la sortija de su madre lo suficiente para que una noche de Carnaval olvide su pasado y se lance á una vida desahogada.

Al hombre de talento, de porvenir, buscándole en sus más críticos apuros, le ofrece con una mano el dinero y con la otra el pagaré, que nunca podrá liquidar con oro, pero que le costará quizás su honra y la tranquilidad de su conciencia, cuando más envidiado sea por haber llegado á su apogeo.

El préstamo, ayudado de la usura, perverte al honrado operario, al hijo de familia; es el cáncer que roe la fortuna del aristócrata, que merma el sueldo del empleado, que conduce al ebismo á la mujer; en una palabra, es el mejor amigo que tienen, la curia para ganar honorarios, el escándalo para divertir á sus adoradores.

Y en Madrid, por desgracia, no hay una calle sin una casa de préstamos pública, y una ó dos misteriosas. Hay más que escuelas, ¡ya lo creo, muchas más, y en estos tiempos!

Ahora bien: para obedecer á las leyes de la higiene del cuerpo, se han llevado fuera de puertas algunos establecimientos; la necesidad ha cerrado otros; las casas de préstamos se enseñorean en Madrid. ¿Por qué no se suprimen? ¿Por qué no se persiguen?

Matad estos dos gusanos, y el cuerpo social adquirirá la salud que le falta.

JUAN DE MADRID.

Revista de modas.

SUMARIO.—La vida en el campo.—Reuniones y entretenimientos.—Las charadas.—Una definición del amor.—El lujo en las reuniones.—Los colores en boga.—Modas de la estación.—Descripción de trajes á la orden del día.—Las guarniciones.—Nuevos galones y flecos.—Las variedades de la mantilla española.—Los nuevos plegados.—Un vestido de terciopelo hecho para una señora extranjera.—Los grandes cuellos.

Las crónicas mundanas no hablan más que de las grandes reuniones campestres celebradas con acasion de la caza. Por todas partes hay convites, y cada posesion señorial recibe un crecido número de huéspedes elegantes. ¿Qué vida hacen allí las familias en los días que dura el convite?

Durante el día, los jóvenes salen de caza, las madres conversan y hacen bordados, las jóvenes tocan el piano ó cantan, en las horas que no se destinan al paseo por el parque. Llega la noche, y la mesa no es nunca bastante grande, pues los habitantes de las casas vecinas vienen á mezclarse con la familia y con los convidados parisenses. Se organizan conciertos, representaciones de comedias, y sobre todo se ejercita la inteligencia en las charadas, por supuesto, cuando no se ha preparado un gran baile.

Pero esto de los bailes es tan conocido, que preferimos fijarnos en las charadas. Hay señoras capaces de dar lecciones á cómicas acreditadas. Se habla de una de ellas que sabe disfrazarse hasta el punto de enganar al más listo de los espectadores. Unas veces es una noble viuda, otras un elegante diplomático, otras un guarda campestre que se cae de viejo. Con elementos así se puede fácilmente improvisar charadas.

Las definiciones son también muy interesantes.

Por ejemplo, esta antigua pregunta no cesa jamás de encontrarse á la orden del día: «¿Qué es el amor?» Hé aquí la contestación de un profesor de matemáticas: «El amor es una suma que conduce á una multiplicación y produce amenudo una división».

En París no tienen atractivo estas diversiones. Pero en el campo, todo se aprovecha, y á veces, á la conclusion de la reunion, se confiesa que la distraccion es superior á la que se habria tenido con un concierto de aficionados, que es lo más corriente.

A todo esto diremos que no se olvida el lujo en el vestir; muy al contrario, para la hora del lunch se usan trajes muy graciosos. Hé aquí un modelo: Falda de terciopelo negro liso ó de raso liso también, con casaca Luis XV de faya rosa ó azul celeste, cubierta de muselina bordada y fruncida

muy hueca por detras. Toda la casaca está guarnecida con rizados de encaje, y se anuda por delante con largas lazadas.

El encarnado algarrobo, el encarnado cardenal y el Van-Dyck parecen los colores preferidos para los vestidos que se llevan ahora por la noche. Estos trajes acusan un gusto muy artístico.

Pongamos un ejemplo: Vestido de raso encarnado Van-Dyck, forma del siglo XVI, muy ajustado, con mucha cola, y cinturón veneciano de terciopelo encarnado bordado de azabache rubí. Es un cinturón de unos diez centímetros de ancho y ondeado. Cuerpo abierto en cuadro guarnecido con encajes antiguos, y mangas acuchilladas y huecas cerca del hombro.

En cuanto á la moda corriente, las modistas de París están indecisas todavía. No obstante, segun nuestras noticias, parecen llamados á obtener la boga los trajes que se componen de un cuerpo con chaleco, falda sin cola y draperías, éstas últimas dispuestas segun el gusto y la imaginacion individuales. Indicaremos un arreglo que consiste en cortar el delantero del delantal ó de la falda con bandas parecidas á las guarniciones del traje. Por detras la túnica debe quedar ahuecada sin exageracion, y sobre todo sin que haga altubada á la persona; éste es el punto importante.

Por lo que hace á las guarniciones, debemos señalar á la atencion de nuestras lectoras los nuevos caprichos de galon y de fleco que constituyen la elegancia del traje sencillo y del vestido de ceremonia. Los flecos llamados de pluma están muy en boga para sobretodos y para vestidos, y se hacen no sólo de una clase de trenilla de seda, sino de dos y aún de tres clases más ó ménos anchas, y se adornan con borlas de pasamanería, las cuales cuelgan de una fina torzada de seda. También hay galones labrados y otros de terciopelo, cuyos dibujos forman relieve sobre un fondo de seda rizada, y otros bordados cuyas flores corrientes y cuyo follaje se destacan en calados.

Entre las novedades de la estación citaremos las mantillas de blonda española, negras ó bordadas de seda de color, que se ponen en la cabeza; las puntas que se anudan sobre el cuerpo constituyen un bonito adorno que se arregla graciosamente y que se realiza con una flor ó un lazo de cinta de color; pero es preciso que el lazo no tenga aderezo; algunas lazadas desiguales y algunos cabos agujeta, todo ello montado con arte, eso es lo más bonito.

Los plegados en gorguera siguen reemplazando al cuello, que sólo se usa por la mañana, en cuyo caso no está mal bordado de algodón de color. Plegados de muselina realizados con un encaje inglés, para los trajes de lana; plegados de crespon liso para los vestidos combinados de faya y cachemir, ó de un tejido de Otoño aterciopelado y punteado de seda, para todo sirven los plegados.

Una clase muy bonita es el plegado de finísima muselina con borde festoneado. Las bandas de muselina están cortadas sobre seis centímetros de altura, y á los bordes tienen ondas festoneadas. Estos plegados reemplazan con ventaja los de crespon liso.

Hemos tenido ocasion de ver un vestido de terciopelo, de una elegancia verdaderamente extraordinaria y destinado á una señora extranjera. Su composicion es la siguiente: Vestido de forma princesa, hecho de terciopelo negro, con el delantero dispuesto de draperías que se pierden como de costumbre en las costuras delado. Esta bonita disposicion deja á descubierto un bajo de falda añadida de pekin-terciopelo plegado. Por detras, el vestido forma manto de corte hueco: el vuelo se recoge sobre las costuras de lado, las cuales se hallan disimuladas con un puño de pekin plegado también en toda su altura. De distancia en distancia se escapan unas lazadas de terciopelo y de raso. El medio del manto queda plano, lo que forma á derecha é izquierda dos ó tres ahuecados. Una ruche de pekin-terciopelo sigue el largo de la cola, que es muy larga. La manga, toda de terciopelo, ofrece la particularidad de estar adornada con una banda de terciopelo plegado que sigue la costura del codo, banda que termina con un adorno de muselina de la India y de encaje blanco. El encaje es un soberbio guipur de Venecia, que se repite en lo alto del cuerpo en un cuello vuelto puesto más abajo del escote, y forma por enmedio una gran abertura. Es una disposicion que hace valer la belleza del encaje. Por supuesto, tanto el cuello como los puños están adornados con el plegado tradicional de crespon liso.

Este cuello, de grandes proporciones, nos parece llamado á una boga bien justificada, pues es un modo de utilizar agradablemente encajes antiguos, y toda señora elegante posee bastantes que sin el uso se ponen amarillos. Además, los encajes vuelven á estar en moda, y todo promete que se van á levantar de su injustificada decadencia.

JULIA.

Cuentas galanas.

No crean los lectores que se trata de las del Gran Capitan: es pura y simplemente la cuenta que el facultativo que ha sido de la vecina villa de Campo Real ha presentado á un rico propietario amigo nuestro, por servicios prestados á su familia. Hay que advertir que nuestro amigo tenia perfecto derecho á utilizar la ciencia del facultativo, porque para eso le pagaba el pueblo, y él como contribuyente del mismo; pero renunciando generosamente á este derecho, le pidió nota de sus honorarios.

Segun el médico de la cuenta, ha curado un anátrax; segun el primer doctor que vió á la paciente antes de salir de Madrid, se trataba pura y simplemente de un granito que ningun cuidado ofrecia.

Como comprenderán nuestros lectores cuando vean el *recipe*, nuestro amigo no se ha conformado, y demandado ante los tribunales, el asunto sigue los trámites correspondientes; pero como dato curioso del precio á que cotiza sus servicios facultativos el profesor en cuestion, nos parece útil reproducir una copia de dicha cuenta:

«Cuenta y relacion detallada de los servicios prestados por mí el profesor en cirugía y medicina D. J. A. A. en la asistencia de los diferentes enfermos habidos en la casa del Sr. D. J. P., y honorarios devengados por los mencionados auxilios, segun el pormenor siguiente:

1.º Por 35 visitas facultativas hechas en auxilio de la hija mayor del Sr. P., durante el azaroso proceso patológico de un anátrax padecido por la expresada señorita en la region malar suborbitaria, al respecto de 40 rs. cada visita, y en los días, mes y hora expresados al margen dentro de llave, 1.400 reales.—2.º Por mis servicios de topiquero y ministrante, á exigencias de los papás, en la limpieza, curacion, etc., de la parte afecta de la ya mencionada señorita, con inversion de más de una hora en cada curacion, á consecuencia del mimo y susceptibilidad de la paciente, siendo el número de curaciones el de 30 á razon de 100 reales. 3.000.—3.º Por la primera operacion quirúrgica de que tuvo necesidad la dolencia anátrax de la mencionada señorita, consistente en la dilatacion crucial, de suyo delicada, en la region en que radicaba el afecto con evulsion ó extraccion de pelotones adiposos gangrenados, acompañada de un profundo síncope como accidente ó complicacion, en la que corrió riesgo acaso la vida de la paciente y sufrir pudo el prestigio del profesor, siendo ejecutada tal maniobra quirúrgica el día 8 de Octubre de 1877. 8.000.—4.º Por una segunda operacion quirúrgica, practicada en la misma dolencia y paciente, con motivo de una viciosa cicatrizacion y una imperfecta resolucian desenzalada posteriormente con una nueva y más enérgica evulsion inflamatoria, seguida de una alarmante mortificacion de conos ó alvéolos celulares y tejidos subyacentes, y con la que no sólo corrió riesgo la normalidad anatomofisiológica de cerebros órganos tan importantísimos como el globo ocular del lado afecto, sino la belleza de la joven como angelical paciente. Esta difícil á la vez que delicada maniobra quirúrgica, en la que descansaban tan caros intereses como los de la belleza, exigida á todo trance por la familia y por la enferma, en estado de merecer á la sazón por su proyectado matrimonio, requirió del profesor más tino y perfeccion que lo ordinario, complicada como además se efectuó de repetidos sínopes y desórdenes nerviosos, consistiendo en nuevas dilataciones con denudacion de tejidos, extraccion de detritus gangrenados y gran sutileza para subvenir á estragos y depresiones de tejidos que habrian interesado á importantísimos órganos, y afecado con indelebles y repugnantes vestigios la manifiesta region en que radicaba el efecto, 9.000.—5.º Por una tercera maniobra quirúrgica consistente en exacciones de irrogulares botones carnosos, nueva evulsion de tejidos mortificados y perfeccionamiento de los tegumentos, para obtener una perfecta y disimulada cicatriz, 6.000.—6.º Por la consultata que me hizo el Sr. P. en referencia á toda su historia orgánica patológica, y que duró desde las ocho hasta las once de la noche, 500.—7.º Por otra consulta que me hizo la señora del Sr. P. en análoga referencia respecto á ella, desde las nueve á las once y media de la noche, 500.—8.º Por otra segunda consulta en referencia al señor P., hecha por el mismo, también de larga duracion, y llamado por la noche, 500.—9.º Por idem dos consultas hechas por la salud de la niña menor del Sr. P., á 500.—10.º Por idem cuatro referencias á la primera doncella, en los días 12, 13, 15 y 18 de Octubre, 500.—11.º Por idem otra referente á la señora, de larga duracion, con detrimento de mis obligaciones y con un verdadero lujo de exigencias, como en todas las anteriores, 500.—12.º Por la última llamada que me hizo el Sr. P. á las nueve de la noche, para pedirme de un modo humillante para el profesor la cuenta de mis servicios, á manera de como se obra con un zapatero, 1.000.—Total de honorarios devengados, 31.400.—Campo Real 6 de Diciembre de 1877.»

No hacemos comentarios, porque la cuestion ha entrado ya en el terreno judicial, y esperamos que el tribunal ponga las cosas en su verdadero lugar.